

---

# POLONIA

## «el tercer intento»

---

# Fernando Claudín

---



---

# 1

---

---

El actual movimiento polaco es el tercer intento en el bloque soviético europeo —desde la muerte de Stalin en 1953— de llevar a cabo una democratización del tipo de régimen sociopolítico llamado «socialista», que fue creado en la Unión Soviética durante los años treinta y exportado después de la Segunda Guerra Mundial, en favor del reparto de Yalta, a los pequeños países de Europa Central incluidos en la «zona de influencia» soviética.

El primer intento lo inició en la misma URSS un sector del grupo dirigente, encabezado por Jrushev, para hacer frente a la crisis virtual que la desaparición del gran tirano carismático podía convertir en crisis del régimen. La mini-liberación jrusheviana se propagó rápidamente al resto del bloque, desbordando

en Polonia, y sobre todo, en Hungría, los límites previstos por el Kremlin.

A orillas del Danubio se transformó en revolución, protagonizada por la inmensa mayoría de la población. Marchando sobre las huellas de los ejércitos del zar que habían aplastado la revolución liberal-nacional de

1848, los ejercicios soviéticos repitieron la hazaña, aplastando la revolución democrática-nacional de 1956. Creando los consejos obreros en las fábricas, haciendo frente con las armas en la mano —cuando no con las manos desnudas— a los tanques soviéticos, y manteniendo durante varias semanas la huelga general contra los ejércitos ocupantes, la clase obrera húngara puso en evidencia ante el mundo entero que aquél régimen no era el suyo.

Con la intervención armada de Moscú contra la revolución húngara se inicia, en todo el bloque soviético, una involución conservadora que entierra las promesas de democratización formuladas por el XX Congreso del Partido Comunista soviético, y deja sin efectos las sensacionales denuncias de Jrushev sobre los *crímenes de Stalin*.

La *primavera de Praga* de 1968 constituyó el segundo intento democratizador de un régimen de tipo soviético, quedando localizado esta vez en un sólo país del bloque. Prevenir su propagación a los otros fue uno de los principales objetivos de Moscú, al decidir enviar de nuevo sus ejércitos contra todo un pueblo, cuyo único delito era dar los primeros pasos hacia una verdadera democracia socialista. Checoslovaquia, país industrializado, con tradiciones democráticas y un fuerte movimiento obrero, con un alto nivel cultural, reunía condiciones óptimas en 1968 para que el ensayo, apoyado masivamente por la población, pudiera prosperar y ofrecer el primer ejemplo de socialismo real sin comillas. Precisamente por eso Moscú no podía tolerarlo.

En esos quince años que se extienden desde la muerte de Stalin hasta la *primavera de Praga*, toma cuerpo plenamente en los países del Este el fenómeno de la oposición abierta a los regímenes establecidos, más conocido por *disidencia*. Durante este período las principales fuerzas opositivas se desarrollan en el seno de los partidos comunistas que ejercen el poder; su ideología suele ser el llamado *revisionismo* —que se presenta como el *marxismo verdadero* frente al *marxismo-leninismo* oficial—, y su estrategia se centra en la democratización interna del partido para, a par-

---

**Las experiencias de Hungría  
y Checoslovaquia habían  
mostrado que el intento  
de modificar directamente ese  
poder oficial  
llevaba a enfrentarse con  
la máquina del imperio.**

---

tir de ahí, democratizar el Estado y el conjunto de la vida social.

Esta orientación entra en crisis bajo los efectos de la gran frustración provocada por la invasión de Checoslovaquia, aunque con anterioridad eran perceptibles síntomas de un cambio de rum-

bo. Se desvanecen las ilusiones en una reforma del régimen cuya iniciativa e impulso surgan principalmente del Partido Comunista; comienza a ponerse en cuestión el marxismo y no sólo su falsificación oficial —aunque en no pocos casos el *abandono* del marxismo es más bien un recurso terminológico, dictado por la necesidad de diferenciarse netamente de la terminología oficial para poder plantear los problemas reales de la sociedad—, y va naciendo una nueva estrategia.

En lugar de dirigirse fundamentalmente a la dirección del partido solicitando reformas, la oposición se vuelve ahora hacia la sociedad, apelando hacia su responsabilidad, proponiéndole asumir iniciativas propias, crear *espacios autónomos* de convivencia y solidaridad, desarrollar movimientos sociales independientes de las instituciones y organizaciones oficiales. A esto se le llama, en el lenguaje de la oposición, restaurar la *sociedad civil* que la dictadura totalitaria ha atomizado. Se supone que a partir de esta restauración de la sociedad civil será posible poner límites al poder oficial, controlarlo en cierta medida.

Las experiencias de Hungría y Checoslovaquia habían mostrado que el intento de modificar directamente ese poder oficial llevaba a enfrentarse con la máquina militar del imperio. Tampoco era posible, sin arrostrar esa *máquina*, poner en tela de juicio la *alianza* con la metrópoli; es decir, la subordinación a la misma. Había que buscar un *modus vivendi*, un compromiso, entre formas autónomas de la sociedad civil y el poder del partido (su famoso *papel dirigente*), que en el caso de los países satélites ni siquiera es un poder autóctono —a diferencia del poder instalado en Moscú—.

No es casual que las primeras formulaciones intelectuales de esta nueva orientación estratégica hayan surgido en Hungría y Polonia,

donde en la práctica comenzaba a establecerse un compromiso tácito entre el poder y la oposición, sin el cual es difícil concebir esa restauración, por muy incipiente que sea, de la sociedad civil. Kadar se orienta en esa dirección, frente a una sociedad que ha demostrado elocuentemente su unánime oposición al régimen, y al mismo tiempo es consciente de la imposibilidad de liquidarlo mientras en Moscú no haya cambios radicales. Pero donde la nueva orientación alcanza, por primera vez, grandes resultados, es en Polonia.

A diferencia de los otros países del bloque soviético europeo, donde los movimientos reformadores, allí donde alcanzan cotas críticas, sufren duras derrotas, en Polonia no hay victorias ni derrotas decisivas, ni del poder ni de la oposición. Pese a la involución consecutiva a la intervención soviética en Hungría, Gomulka no puede anular todas las conquistas del octubre polaco de 1956. Tiene que ceder ante los campesinos y deshacer la colectivización forzosa; llega a un *modus vivendi* con la Iglesia católica; observa una tolerancia relativa con la fronda intelectual y hace concesiones económicas a la clase obrera. Este primer *compromiso polaco* se quiebra a finales de los años sesenta, bajo los efectos de las dificultades económicas y de la creciente resistencia social.

La crisis política de 1968-1970 (movimiento universitario de marzo de 1968, y movimiento obrero de diciembre de 1970-enero de 1971, brutalmente reprimidos) provoca la caída de Gomulka y el nuevo compromiso que su sucesor, Gierek, establece con las fuerzas sociales contestarias, principalmente con la clase obrera. Compromiso tácito, por lo general, pero expreso en algunos aspectos importantes, como el de no elevar los precios y no recurrir a la represión violenta. Esta nueva variante del *compromiso polaco* hace crisis en 1976.

Gierek infringe sus dos promesas más explícitas de enero de 1971: aumenta los precios y reprime sangrientamente las huelgas y manifestaciones obreras que provoca ese aumento. Pero tiene que retroceder, anular in-

mediatamente la primera medida y dar marcha atrás en la represión, ante la resistencia de los obreros ayudados por la oposición intelectual que crea el KOR (comité de defensa de los obreros). Se inicia una fase de acelerado debilitamiento económico y político del régimen polaco, que desemboca en la gran explosión social del verano de 1980.

En este período, 1976-1980, se configuran plenamente las fuerzas sociales y políticas que impondrán el histórico acuerdo de Gdansk, del 31 de agosto de 1980. El KOR aglutina un amplio espectro ideológico de la oposición intelectual, desde elementos formados en el revisionismo marxista hasta otros formados en el catolicismo progresista. Su actividad encuentra un eco creciente, traducándose en asistencia eficaz (económica, jurídica, moral) a miles de familias obreras, víctimas de la represión.

Va forjándose así una alianza obrera-intelectual que tendrá considerable influencia en los acontecimientos de 1980. Una vez conseguida la amnistía de los presos obreros, y anuladas otras represalias, el KOR amplía su actividad a otros campos, edita publicaciones con amplia circulación pese a su *ilegalidad* (entre ellas *Robotnik*, «El Obrero» que circula en las fábricas y ayuda a la organización de comités o comisiones obreras), monta su propia editorial, organiza la *universidad volante*, etc.

Paralelamente se desarrollan otras corrientes políticas, en especial el catolicismo progresista, y se opera una convergencia creciente entre la oposición laica y la oposición católica. La inmensa movilización de la población con motivo de la visita del *Papa polaco* en el verano de 1979, en cuya organización intervienen todas las corrientes de la oposición, con exclusión total de las organizaciones oficiales, ad-

quiere una significación inequívoca de plebiscito aplastante por las libertades y derechos del pueblo. Al mismo tiempo, esta ebullición social se refleja en el seno del Partido Comunista (POUP), agudizando la lucha interna entre las diversas corrientes que lo agitan. Se manifiestan con más audacia los elementos

---

**Lo que llega, por primera vez  
en la historia  
de los regímenes de tipo soviético,  
es el reconocimiento  
del derecho de los trabajadores  
a tener sus sindicatos  
independientes.**

---

partidarios de urgentes reformas en el partido y en el Estado.

En un palabra, las huelgas obreras del verano de 1980 estallan cuando el aislamiento de la dictadura, su carencia de base social, habían llegado a un grado extremo. Los obreros cuentan desde el primer momento con la simpatía de todos los otros sectores sociales. A medida que sienten este apoyo crece su resolución, se dan cuenta que no defienden sólo sus intereses sino los de toda la sociedad.

El comité inter-empresas (MKS) de Gdansk, punta de lanza del formidable movimiento obrero que se había extendido como mancha de aceite por todo el país, ya no era sólo un comité obrero sino la instancia política y social con mayor prestigio, influencia y autoridad en la región. No es casual que fuese allí donde los dirigentes obreros, recién salidos del anonimato, toman conciencia de que se ha creado una relación de fuerzas favorable, y mantienen el pulso con el poder de Varsovia hasta que éste cede en lo esencial. Y lo esencial no son las reivindicaciones económicas sino las políticas, aquéllas en las que parecía imposible que el POUP pudiera ceder, por afectar a la esencia misma del régimen: el derecho de los trabajadores a organizarse en sindicatos independientes, autogestionados, y a tener libre acceso a los medios de comunicación.

Las experiencias de 1956, 1970 y 1976 habían enseñado a los obreros polacos la vieja verdad del movimiento obrero internacional: sin tener una organización propia, independiente, no podían defender con eficacia sus intereses y derechos. Ante la *intransigencia* obrera en este punto, *Trybuna Ludo*, el órgano oficial del POUP, insinúa el riesgo de la intervención armada soviética. Pero los obreros no ceden y los tanques no llegan. Lo que llega, por primera vez en la historia de los regímenes de tipo soviético, es el reconocimiento del derecho de los trabajadores a tener sus sindicatos independientes. Conquistado desde hace muchas décadas en las democracias capitalistas, este derecho no existe en el *socialismo real*. Sólo ahora, al cabo de treinta años y duras luchas, de dejar en el camino centenares de muertos y

---

**La inmensa movilización de la población con motivo de la visita del Papa polaco en el verano de 1979, adquiere una significación inequívoca de plebiscito aplastante por las libertades y derechos del pueblo.**

---

heridos, los obreros polacos han podido alcanzar ese objetivo.

Hasta qué punto era una necesidad profundamente sentida por la inmensa mayoría lo revela el hecho de que en pocas semanas los sindicatos oficiales, simples instrumentos del *Estado-patrón* único

y del *partido-Estado*, se quedan vacíos, mientras millones de trabajadores pasan a crear *Solidaridad*. A comienzos de 1981 cuenta ya con más de diez millones de afiliados de una población activa de catorce millones. Ni en España al salir del franquismo, ni en Italia y Francia cuando se liberan del fascismo o de la ocupación nazi, se produce nada comparable, pese a que la reconstrucción de los sindicatos tiene lugar —a diferencia de la Polonia actual— en condiciones de democracia política. A través de la brecha abierta por los obreros irrumpen los otros sectores sociales: campesinos, estudiantes, escritores, periodistas, profesores, artistas, artesanos... Todos quieren *autogestionarse*.

La orientación teorizada y propugnada por Jacek Kuron, Adam Michnik y otros intelectuales del KOR desde 1976, se materializa irresistiblemente en la sociedad polaca, aunque no sin vencer serios obstáculos. Moscú y el sector duro del POUP tratan de impedirlo recurriendo a todos los medios, organizando provocación tras provocación, y preparando, como último recurso, la intervención armada. Los dirigentes de *Solidaridad* son conscientes de ello y saben, lo declaran abiertamente, que el único medio de frustrar esos planes siniestros es combinar la prudencia política con el fortalecimiento de la organización y la unidad de la sociedad polaca. Los agresores potenciales no deben ignorar lo que les espera, y en efecto no lo ignoran: la Polonia de 1981 no es la Hungría de 1956 ni la Checoslovaquia de 1968. Tampoco es la misma actitud del movimiento obrero internacional, de la izquierda occidental, de no pocos partidos comunistas y de bastantes países del tercer mundo. Sin hablar ya de otros factores que concurren en la grave situación internacional de este período. Moscú no puede aceptar un cambio tan trascendental en el sistema político social de Polo-

nia, que constituiría una permanente llamada a seguir para los otros pueblos del imperio; pero el intento de aplastarlo con el método, ya casi tradicional, de la intervención armada, podría tener consecuencias aún más catastróficas. Serían vano especular sobre las decisiones que puede tomar el Kremlin para salir de este terrible círculo vicioso. Hasta ahora ha recurrido a otras formas de intervención para intentar invertir el proceso polaco, y no puede descartarse que persista en esta táctica, que aparentemente es la menos preñada de peligros y posiblemente no carezca de eficacia a la larga.

De acuerdo con la orientación estratégica a la que hemos aludido anteriormente, el objetivo de Solidaridad y demás fuerzas del gran movimiento social polaco no es derribar al actual poder, sino institucionalizar una dialéctica de negociación y colaboración entre ese poder oficial, poseedor jurídico de los medios de producción fundamentales y de otros aparatos económicos, políticos y culturales, y el nuevo poder independiente representativo de la *sociedad civil*. Jacek Kuron, por ejemplo, ha sugerido que el poder oficial se reserve, en exclusiva, las cuestiones de política exterior, fuerzas armadas y seguridad (pero en este último aspecto, con las garantías suficientes de que se desenvolvería en un marco de derecho, con una magistratura independiente), mientras que el conjunto de problemas de política interior estaría sometido a la negociación entre el poder oficial y las organizaciones representativas de la sociedad. El sociólogo y destacado militante de la oposición húngara, Andras Hegedus, ve en esta solución no algo circunstancial, dictado por la necesidad de rehuir el enfrentamiento directo con Moscú, sino una alternativa de fondo, un nuevo modelo de sistema sociopolítico que caracteriza así:

*«Sería una sociedad pluralista en la que, por un lado, el poder toleraría los diferentes movimientos, organizaciones y tendencias no integrables, porque comprendería que sin su concurso no puede haber una sociedad auténticamente socialista y dinámica; por otro lado,*

*las fuerzas de control del poder, fuerzas que representan valores e intereses sociales diversos, no tratarían de quebrantar el poder por vía insurreccional, ni de constituirse en partido político para tomar en sus manos la dirección del Estado por medio de elecciones parlamentarias. Se contentarían con la posibilidad que se les ofrece de controlar el poder mediante la presión social»<sup>1</sup>. Hegedus considera que el sistema pluripartidario corresponde a una estructura social basada en la propiedad privada capitalista de los medios de producción, y no es coherente con la estructura que resulta de su liquidación. Pero en realidad el sociólogo húngaro no demuestra esta tesis, se limita a postularla, coincidiendo en ello con la doctrina oficial<sup>2</sup>.*

Una sociedad libre, que pueda expresarse democráticamente, no parece previsible, por ahora, que prescinda de los partidos políticos. Si los polacos se abstienen, por el momento, de crearlos, es por decisión consciente de no provocar al gran gendarme, no por considerarlos desacreditados, salvo al que los gobierna, que ese sí lo está en alto grado. Lo más probable en cualquier país del Este, incluida la URSS, es que los partidos políticos surgan de la noche a la mañana, y no en escaso número, en cuanto haya libertades políticas sin restricciones. Uno de los más graves peligros que acechan a *Solidaridad* y a las otras organizaciones sociales nacidas desde el acuerdo de Gdansk reside, precisamente, en que la ausencia

de partidos políticos legales provoque su división interna en partidos políticos subterráneos, a medida que la complejidad de los problemas a resolver, la existencia de intereses sociales diversos, y la consolidación de diversas corrientes ideológicas, hagan inevitable la aparición de diversas opciones políticas.

El sociólogo húngaro incluye también en su modelo el supuesto de que el poder desea *«una sociedad auténticamente socialista»*, y por ello

<sup>1</sup> Declaraciones a «L'Alternative», n.º 8.

<sup>2</sup> «Socialismo y Burocracia», Ed. Península, 1979, pág. 283.

«toleraría» los diversos movimientos sociales independientes. Si se trata de los actuales poderes estatales del Este, el supuesto carece, evidentemente, de base; si se refiere a otro, por crear, habría que saber como puede nacer un poder con esa vocación si no es a través de un

proceso democrático en el que participen, con toda libertad, las fuerzas sociales y corrientes políticas existentes.

El tipo de poder político que Hegedus incluye en su modelo sólo es concebible si está impuesto por Moscú —al menos paralelamente—, y garantizado por la máquina militar del imperio, o si hay una fuerza interna capaz, por sí misma, de imponerlo dictatorialmente a la sociedad; caso, este último, que no es el de los países del Este europeo, sometidos a la dominación de Moscú. Por otro lado, sólo un poder con origen y legitimación democráticos puede establecer una dialéctica fecunda entre él y los movimientos sociales independientes. Mientras el poder estatal sea extraño a la sociedad, impuesto por una fuerza extranjera o una minoría interna, dicha dialéctica estará viciada en su misma base y no podrá ser, en el mejor de los casos, más que un compromiso precario. Así sucede actualmente en Polonia.

A mi juicio, el actual compromiso polaco no es un modelo de nuevo sistema alternativo a la dictadura totalitaria de tipo soviético, sino una vía original de transición pacífica a la democracia socialista y a la independencia nacional; una vía extraordinariamente difícil, estrecha, inestable y constantemente amenaza-

---

**La izquierda europea está vitalmente interesada en que ese «imposible» se realice, que el tercer intento de imprimir una evolución democrática a los países del llamado «socialismo real» no acabe como los precedentes.**

---

da por la espada de Damocles del imperio, y por los efectos negativos que esta amenaza, y la permanente intromisión del Kremlin, tienen para la colaboración entre *Solidaridad* y la tendencia del POUP partidaria de reformas progresistas. Si esta experiencia consigue afir-

marse, durar, tendrá una considerable influencia en la evolución futura de los otros países del Este. Tal perspectiva optimista parece casi imposible, pero como dice Bonislaw Geremek, uno de los más inteligentes consejeros de *Solidaridad*, «la originalidad máxima de la situación polaca reside en hacer indispensable lo imposible»<sup>3</sup>.

La izquierda europea está vitalmente interesada en que ese «imposible» se realice, que el tercer intento de imprimir una evolución democrática a los países del llamado «socialismo real» no acabe como los precedentes. La liberación del enorme potencial social encadenado por las dictaduras del Este significaría la aparición, por primera vez en la historia, de una sociedad sin capitalismo privado y con democracia, de una sociedad realmente socialista. Ello inclinaría decisivamente la balanza a favor del socialismo democrático —el único socialismo real sin comillas— a escala mundial. Pero si el sistema totalitario se consolida en el Este, parece muy probable que el socialismo europeo occidental quede condenado a no rebasar los marcos del capitalismo, bajo la tutela del Reagan de turno.

<sup>3</sup> Entrevista en «*Le Monde*», del 17 de diciembre de 1980.